

Santiago 4 de agosto de 2010
Memoria de San Juan María Vianney

Señor Juan Pablo Bulnes Cerda
Abogado
Presente.

Un cordial saludo en el Señor Jesucristo. A la luz del proceso canónico que se ha abierto en contra del Padre Fernando Karadima Fariña anunciado públicamente por el Señor Cardenal Arzobispo de Santiago Mons. Francisco Javier Errázuriz, en mi condición de sacerdote y de sobrino del presbítero afectado es que a la luz de la oración, libremente y en conciencia he decidido dirigirme a Usted.

Soy el sacerdote Gonzalo Matías Guzmán Karadima, tengo 34 años de edad y 6 años de ministerio sacerdotal. Actualmente vivo, como vicario parroquial, en la Parroquia Nuestra Señora del Carmen ubicada en la Av. Manuel Antonio Matta número 500 en la comuna de Quilicura. Mi R.u.n. es 8.867.124-4.

Mi conocimiento del Padre Fernando, como usted se puede imaginar, es directo y de toda una vida.

Mi madre, Elena Karadima Fariña, es la penúltima hermana de una familia de nueve hijos. Mis padres se conocieron gracias al Padre Fernando y él les celebró el matrimonio. Fui bautizado por mi tío el 25 de diciembre del año 1975 en la Parroquia del Sagrado Corazón de Providencia.

De niño íbamos los domingos a la Santa Misa de 12:00 hrs. celebrada por mi tío y teníamos la visita periódica de él a nuestra casa. Recuerdo que siempre llegó con algún detalle religioso (medalla, rosario) para cada uno de nosotros y también para quienes trabajaban en nuestra casa.

Mi cercanía a él comenzó en febrero del año 1988 cuando yo pasaba de sexto a séptimo básico. Él nos invitó junto a mi abuela Elena, mi mamá, mi hermano Rodrigo a ir de vacaciones con él a Puerto Varas al fundo de la familia de Don Miguel Kast. Salimos de Santiago un 31 de enero junto a un grupo de sacerdotes, seminaristas y jóvenes laicos (mi tío, mi abuela y mi madre se fueron en avión al día siguiente). Me recuerdo con precisión que iban: el Padre Hans Kast (nos detuvimos en el retóran Bavaria de su familia donde tomamos desayuno y su mamá nos dio colación para todo el viaje), Diego Ossa E., James Hamilton, Francisco Prochaska, Sergio Della Magiora (que se desvió a la altura de Temuco) y otros que no recuerdo con exactitud.

El descanso diario estaba marcado por la Santa Misa, el rezo del Santo Rosario, el Oficio Divino y lo propio de vacaciones como paseos, pesca, cabalgatas, lectura, música. Me impactó y siempre me ha impactado que el Padre Fernando no dejaba momento para guiar una conversación hacia los temas de Dios.

A partir de enero 1992 hasta el 2004(5) acompañé todos los veranos al Padre Fernando en su descanso en Puerto Varas por un tiempo de 2 a 3 semanas a excepción de los años (1994 y 2000). Nos acompañaban normalmente: Mi abuela con algunas de mis tías (por eso iba yo siendo menor de edad al comienzo), el Padre Hans Kast, Padre Juan Esteban Morales, Padre Diogo Ossa E., Padre Julio Söchting. También un año estuvo el Padre Alejandro Vial, Mons. Andrés Arteaga, José Andrés Murillo y rotaban algunos jóvenes de la acción católica cercanos a los sacerdotes. Siempre éramos un grupo en torno a las ocho personas.

La casa tenía cinco habitaciones, la mayor de las veces yo dormí en el segundo piso en la pieza y la cama frente a la habitación de mi tío. Puedo afirmar con certeza que en todos esos años jamás le vi una conducta impropia de un sacerdote. Compartí todo el día con él y nunca he tenido alguna duda de conductas como las que hay se le acusan. Él personalmente se preocupó de la construcción del oratorio de la casa y de entronización de la imagen de Nuestra Señora de los Rayos que acogía a quienes llegaban.

Recuerdo un año en que nos visitó, por un fin de semana, el matrimonio Hamilton Miranda, yo personalmente los fui a buscar en una camioneta opel color gris al terminal de buses Varmontt de Puerto Varas. El padre Fernando se preocupó de todos los detalles. Ocuparon la habitación más independiente (primer piso). Tanto a Jimmy como a la Verónica se les veía felices.

También fue en Puerto Varas en el verano del año 2004 cuando me di cuenta que algo pasó con James Hamilton. Él acostumbraba llamar seguido al Padre Fernando para saludarlo. No llamó más. A los pocos meses mi mamá me cuenta que lo vio en Misa dominical en la Parroquia San Juan de Viticura enterándose de parte de él que había tenido problemas matrimoniales serios.

Con el Padre Hans hice el viaje Santiago – Puerto Varas – Santiago (14 horas en auto) muchas veces, dos sólo con él. En Puerto Varas numerosas veces salimos juntos a realizar las compras necesarias para la casa. Nunca me dijo algo de lo que le he oído afirmar actualmente por la prensa. Por el contrario recuerdo perfectamente haber conversado con él, en el verano del año 1997, en el living de la casa de Puerto Varas, el capítulo cuarto del libro Introducción a la Vida Devota de San Francisco de Sales que trata sobre la dirección espiritual. El Padre Hans me fomentó a la transparencia y obediencia para con el Padre Fernando.

A partir de tercero medio comencé asistir a Misa diariamente. Llegaba generalmente a rezar a la Capilla interior (junto a los sacerdotes de la casa parroquial y a otros jóvenes) a las cuatro de la tarde, rezábamos un rato, tomábamos te, iba a ver a mi abuela (mi tío me inculcó ese cariño), con el Padre Fernando salíamos a alguna diligencia (ej.: visitar algún enfermo, lo acompañábamos al doctor (esperábamos en el auto), luego estábamos en el rezo del Santo Rosario, la Santa Misa y los días miércoles en la reunión de la acción católica. El acceso a la casa sacerdotal era muy libre. Yo comía allí junto a otros jóvenes normalmente los días miércoles, viernes y sábado. Era el tiempo de mi discernimiento vacacional. Puedo afirmar que el testimonio sacerdotal intachable de mi tío fue decisivo en mi vocación. Nunca sentí presión alguna por parte de él. Su prudencia y caridad evangélica siempre me han impresionado. Él me aconsejó esperar un tiempo (dos años de estudios universitarios) para madurar la vocación y ayudó a mi familia en la comprensión de mi camino vocacional. Yo le pedí que fuera mi padrino de confirmación en el año 1994.

Muchas veces lo acompañé a la casa de Don Miguel del Río y la Sra. Pilar Vigil, con José Andrés Murillo quien después me iba a dejar a mi casa o yo a la de él ubicada en la calle Escribano Diego Rutil. Nunca José Andrés me dijo algo respecto a lo que hoy denuncia públicamente, por el contrario, en su modo “alternativo y ensimismado”, se le veía feliz.

La vida del Padre Fernando siempre ha sido muy fácil de seguir. Si no está en Capilla, está en su pieza, en el comedor o en el Templo en sus labores pastorales. Si sale (salía) de casa nunca iba sólo con una persona, siempre lo acompañábamos dos o tres. La puerta de su pieza, hasta el día de hoy, tiene un indicador de dónde está.

Todos siempre sabíamos dónde y con quién estaba. Siempre era y es ubicable, (incluso cuando viajaba fuera del país) mediante el celular, dejando recado en la portería con Guido Chacón o contactando alguno de los sacerdotes o jóvenes de su mayor confianza. La vida del Padre ha sido siempre transparente. No gustándole hablar de sí mismo, pero sí compartiendo su vida.

Quienes le oíamos en sus reuniones de pastoral juvenil, siempre vimos refrendada su predicación con el testimonio de su vida.

De joven me confesaba con él en el confesonario de la parte posterior del templo frente a la imagen de la Santísima Virgen (donde la espera era larga por la cantidad de gente). Luego confesaba en el confesonario de la sacristía (públicamente) donde de manera espontánea se formaba una fila de jóvenes, después como sacerdote siempre acudía a recibir el sacramento de la reconciliación los terceros viernes de mes, donde recibía a varios sacerdotes (Padre Andrés Ariztía, Padre Javier Manterola, Padre Javier Barros, Padre Jorge Barros, Padre, Francisco Cruz, Padre Javier Vergara, Padre Jaimen Tocornal, Padre Jorge Merino, Padre José Tomás Salinas, Padre Rodrigo Magaña, Padre Eugenio de la Fuente, Padre Samuel Arancibia, Padre Nibaldo de la orden de San Juan de Dios entre otros) en la sala que está junto al salón parroquial. Esta sala cuenta con ventanas que permite ver desde afuera lo que sucede adentro no obstante cuidando de la privacidad. En estos 18 años nunca le vi alguna actitud u oí alguna palabra que no estuviera de acuerdo con la dignidad del sacramento recibido y siempre ha sido un fiel reflejo de la misericordia de Dios. Y puedo agregar que a ninguno de los sacerdotes mencionados u de los jóvenes en los años previos le oí algún comentario como los que han aparecido estos días en la prensa. Por el contrario, para todos era una alegría poder confesarse con el Padre Fernando.

Un detalle de su prudencia lo manifestaba al atender a alguna persona en su oficina, siempre al entrar y cerrar la puerta habría las persianas de las mismas (todos sabíamos que sucedía al interior), era imposible pensar mal.

Con James Hamilton compartí en innumerables ocasiones. Estuve en su matrimonio, celebrado el 12 de diciembre del 1993(2) y asistí a la fiesta en el Hotel Hyatt. Mi hermana Macarena asistió a su fiesta de graduación de cuarto medio con Él. Mi Padre, médico y profesor titular de la Pontificia Universidad Católica de Chile lo tuvo como alumno en una beca de postgrado en cirugía. Desde esos años, hasta hoy, mi papá siempre ha afirmado que Jimmy es una persona enferma mental. Me ha comentado de sus desafortunados médicos serios, de sus imprudencias quirúrgicas y de sus desatinos en las reuniones de cirujanos de Chile. Todo esto le ha costado el ser expulsado de los distintos Hospitales donde ha trabajado (Universidad Católica, Clínica Alemana, Hospital Padre Hurtado).

Recuerdo con exactitud un episodio con él en el segundo semestre del año 2003, yo estaba recién ordenado diácono y vivía en la Parroquia Santa María de la Esperanza en Maipú. James me operó en la Clínica Alemana de una onicectomía en el pie izquierdo. Recuerdo que su trato con la secretaria y la enfermera me llamó la atención. Extremada familiaridad, garabatos y bromas en doble sentido. Durante la operación (sencilla, con anestesia local) me habló de la importancia de la fidelidad al sacerdocio y al matrimonio (con insistencia en esto último). Me dijo claramente que todos tenemos tentaciones y que cualquiera puede caer y que por eso era muy importante una buena dirección espiritual. Me fomentó a no alejarme nunca del Padre Fernando. Terminada la operación, él me llevo en su auto (Honda Accord) a la Parroquia del Sagrado Corazón. En el viaje se transformó. Colocó la música estridentemente, volvió a usar un lenguaje vulgar y se puso a fumar. Al dejarme en la calle Juan de Dios Vial me pidió que no le dijera al Padre sobre su lenguaje y sobre que estaba fumando.

Conocí directamente a Fernando Batlle Lathrop. También estaba en el Colegio del Verbo Divino uno o dos años más abajo. Su mamá la Sra. Carmen Lathrop iba casi diariamente a ver a mi abuela Elena. Yo le escuché más de una vez en la casa de mi abuela comentar la felicidad de que su hijo Fernando participara en la parroquia y que estuviera cerca del Padre Fernando.

En los años 1994 y 1995, por encargo de mi abuela, personalmente, con ocasión del día 16 de Julio, le compré unas Violetas de Persia y se las fui a dejar a su casa.

Fernando estuvo varias ocasiones en mi casa junto a otros jóvenes (Juan Ignacio Ovalle, Jorge Merino, Raimundo Varela) viendo películas. Estuvo para mi cumpleaños en los años 1993, 1994 y 1995. Yo asistí a su confirmación como padrino reemplazando al Padre Fernando que no pudo ir. Ésta la recibí en el Colegio del verbo Divino de manos del Sr. Cardenal Monsñor Carlos Oviedo Cavada.

Fernando nunca fue muy cercano al Padre. Jamás lo vi en la pieza del Padre Fernando. Sí ingresaba a la casa parroquial, sólo algunas veces estuvo al te o a comer. Lo vi reemplazando a Guido. Me recuerdo que esto le incomodaba. Era tímido, muy molesto y manifestaba envidia para con los demás jóvenes. Especialmente para con quienes éramos más cercanos al Padre Fernando.

Recuerdo con precisión una molestia que tuvo, pero que él la contaba como burla. Reemplazando al Guido (portería) llamó, por la mañana, al Padre Fernando el Señor Nuncio Monseñor Piero Biggio. El Padre no estaba ese día, llegó por la noche. Mi tío siempre es ubicable, más aún si quien lo necesita es una autoridad. Fernando no lo contactó, simplemente anotó el recado en un papel y lo dejó por debajo de la puerta (como era habitual con los mensajes no urgentes). Al llegar la noche el Padre lo corrigió seriamente. No podía ser que al Señor Nuncio no se le devolviera la llamada inmediatamente. Esta corrección Fernando siempre la recordó. Era rencoroso. Era muy complicado en sus relaciones humanas.

También viajé con él a Puerto Varas en el verano del año 1996. Fuimos en la camioneta del actual Padre Rodrigo Magaña. Viajamos Rodrigo, Fernando Batlle, Felipe Irrarázaval y yo. A mí me dejaron en la casa del Padre Hans y ellos siguieran al campo de la familia Ovalle Barros (padres del actual sacerdote Juan Ignacio Ovalle). El viaje fue muy desagradable ya que Fernando no dejó cargantemente de molestar. Tenía mucha inquietud por conocer la casa donde veraneaba el Padre Fernando y le molestaba que él no fuera invitado, hacía notar su envidia con las bromas.

En todo el tiempo que compartí con él nunca hizo referencia alguna de haber sufrido abuso por parte del Padre. Menos como lo que le he oído por televisión de haber sufrido solicitudes durante o en referencia la sacramento de la confesión. Su conducta manifestaba todo lo contrario siempre buscaba poder estar más cerca de el Padre Fernando.

Siendo yo seminarista, en la casa de mi abuela Elena, me contó su mamá que Fernando iba a entrar al Seminario de los Padres de Shönstatt y me pidió oraciones por él.

Conocí al Padre Andrés Ferrada en el seminario. Trabajó pastoralmente dos años en la Parroquia del Sagrado Corazón junto con el seminarista (actual sacerdote) Cristián Hodge. A mi personalmente Andrés me manifestó en reiteradas ocasiones su alegría de compartir esos años con el Padre Fernando. Yo fui testigo directo en las que el Padre Andrés salía del seminario (en otros horarios) para ir a compartir con el Padre. Después de unos años de ministerio viajó a Roma a estudiar su licenciatura y doctorado en Sagrada Escritura.

A finales del año 2003 lo llame tres o cuatro veces a Roma porque el compró allá el cáliz que mis padres me regalaron para mi ordenación sacerdotal. En esos llamados siempre me preguntó por mi tío y le mandó saludos reiteradas veces. Me contó que con agrado él llamaba al Padre con frecuencia (el cáliz lo mandó con su hermana al Padre Fernando para que él me lo entregara a mi). Me parece muy curioso el vuelco en su actitud para con el Padre.

Desde que egresé del Seminario Pontificio Mayor de Santiago en agosto del 2003 asisto libremente todos los lunes a la parroquia del Sagrado Corazón al rezo del Rosario y a la Santa Misa junto a los padres de la unión sacerdotal. Allí la predicación del Padre Fernando siempre estuvo marcada por su amor a la Santa Misa, su amor a la Santísima Virgen manifestado en el rezo de Rosario, su fidelidad a la Iglesia en la persona del Santo Padre y del Obispo, por la figura de San Alberto Hurtado y la preocupación por los más necesitados.

Me atrevo afirmar que en un 90 % de estos lunes después de la Misa fui a Viña del Mar al departamento de los papás del Padre José Tomás Salinas Errázuriz. En un comienzo iba el Padre José Tomás Salinas, el Padre Andrés Ariztía, el Padre Hans Kast, el Padre Javier Manterola. A partir del segundo semestre del año 2006 el Padre Hans dejó de asistir y esquivaba la invitación. Después se sumaron los Padres Juan Ignacio Ovalle, Padre Jorge Merino y durante los últimos dos años los Padres Fernando Ferrada y Rodrigo Magaña. Nos juntábamos en la bomba Shell al comienzo de la ruta 68, almorzábamos por lo general en el Restaurant Gatsby del Mall Marina Arauco, después descansábamos un poco o salíamos a caminar y más tarde recibíamos al Padre Fernando junto al Padre Juan Esteban Morales, al Padre Diego Ossa, al Padre Pablo Artega, a Francisco Costabal y algunas veces a otros jóvenes a tomar te.

Para todos era una alegría y un anhelo la llegada del Padre Fernando. Siempre hablaba de las cosas de Dios y de su experiencia con San Alberto Hurtado. Concluíamos el encuentro con el rezo del Santo Rosario. Recuerdo con particularidad la alegría expresada por el Padre Fernando Ferrada de poder compartir el "tesoro" de los días lunes junto al Padre Fernando. A mi me lo dijo en reiteradas ocasiones.

Afirmo con certeza que jamás oí a algunos de estos sacerdotes referir algo de las afirmaciones que hoy se acusan contra el Padre Fernando Karadima.

Con el Padre Andrés Ariztía muchas veces salimos a caminar por la costanera de Viña del mar. Llegábamos a la Capilla Naval o al Hotel Sheraton Miramar. Conversamos muchos temas. Tales como la Fundación las Rosas, la pastoral de nuestras parroquias pero nunca me dijo nada negativo con respecto al Padre Fernando, ni que supiera de algo que alguien hubiese sufrido. Por el contrario, agradecía el tener al Padre Fernando como director espiritual. Y más de alguna vez yo le oí agradecerle personalmente las palabras que el Padre nos hablaba como también las correcciones que el Padre le pudo haber echo. Yo también soy testigo directo que el Padre Andrés, propietario de un departamento en Viña (que mi tío utilizaba), se lo ofreció al Padre Fernando en reiteradas ocasiones. A mi me dijo que para él era una alegría colaborar con el descanso del Padre porque era un bien que redundaba en todos los sacerdotes de la unión sacerdotal. Por ejemplo recuerdo que me lo dijo una vez que fuimos a arreglar un problema telefónico (cambio de número) a las oficinas de la Compañía de Teléfonos ubicada en la calle Libertad en el centro de la ciudad de Viña del mar.

Sin duda son innumerables los recuerdos de la vida junto al Padre Fernando. Son muchos los que hemos compartido con él. Estoy cierto que los testimonios que avalan su vida sacerdotal intachable son innumerables. Espero que estos antecedentes le sean de ayuda en el proceso canónico y civil que se está llevando y del cual Usted es parte de la defensa. Me pongo a sus disposición para lo que necesite. Desde ya cuento con mi oración.

Esta situación dolorosa a producido una ruptura en la unión sacerdotal a la cual feliz pertenezco. Ha causado un daño irreparable a la Iglesia y la persona del Padre Fernando Karadima se ha visto inmensamente dañada.

Agradezco a Usted, estimado Don Juan Pablo, todo su ayuda para con al Iglesia, mi familia y al Padre Fernando. Confiado en la intercesión de la Santísima Virgen María, Madre de la Iglesia, y en la ayuda del querido Santo Cura de Ars, patrono universal de los sacerdotes, cuya fiesta hoy celebramos, me despido atentamente,

Padre Gonzalo Matías Guzmán Karadima

CIPER